

# IMPERIALISMO: NUEVO ORDEN INTERNACIONAL

por Luis Capilla

La historia, más que por el fluir regular del tiempo, viene acotada por acontecimientos trascendentales que marcan una inflexión en los rumbos de la humanidad. Probablemente los historiadores que analicen estos años 1988-1989 los considerarán como el final del siglo XX, al igual que el apasionante siglo XIX se dio por concluido al estallar la I Guerra Mundial.

En este escenario lleno de oportunidades, pero también de peligros, la estructura económica internacional parece encaminarse hacia una división en tres bloques distintos, pero fuertemente interrelacionados: Europa, Estados Unidos y la región del este asiático.

El final de un ciclo político marcado por la bipolaridad universalista de Occidente liderado por Estados Unidos y de la Unión Soviética está siendo sustituido por una estructura tripolar en la que son las tensiones económicas y no los problemas políticos las que pueden centrar el futuro más inmediato.

Estamos en un momento clave en el que es necesario decidir si esos tres bloques se van a constituir en los pilares de un orden internacional abierto, unido por el libre cambio, o, por el contrario, un cierto neoproteccionismo se convertirá en la ideología internacional dominante.

Y, teniendo en cuenta el criterio de un gran hombre de empresa japonés fundador de una de las grandes compañías electrónicas y de cerámica, «no podemos encontrar soluciones a problemas parciales. Hay que adoptar un criterio global. La nación como tal no cuenta ya: hay un planeta en peligro; miles de millones de gentes al borde de la miseria. Los pocos países, las pocas empresas capaces de crear, deben ser conscientes de su inmensa responsabilidad. De lo contrario, esos países y esas empresas perecerán.»

Estos tres polos realizan el 60% del comercio mundial. Representan más del 90% de las inversiones internacionales y alrededor del 95% de la capitalización bursátil mundial. Sus monedas constituyen la parte esencial de las reservas monetarias del planeta.

Pero los tres polos presentan diferencias fundamentales que nos hacen sospechar que el Nuevo Orden Internacional del gobierno norteamericano consiste, fundamentalmente, en: a) frenar el proceso de integración de Europa, b) parar los pies al poderío japonés y, lo que es más grave, c) olvidar a los países del Tercer Mundo, según expresaba una revista política en un impactante titular: «África, abandonada, Iberoamérica, sola».



### Europa

Es el polo más difuminado, y por eso no constituye cabalmente un polo mundial, porque, además del peso y el dominio de los sectores más modernos, la capacidad estratégica es un componente esencial de la fuerza de polarización. Y la Comunidad Europea, si bien posee lo que puede llamarse una *estrategia comercial*, si bien se esfuerza en desplegar una *estrategia industrial y tecnológica*, y la mayor parte de sus miembros han adoptado un instrumento, el Sistema Monetario Europeo, que puede ser útil a los fines de una *estrategia monetaria*, carece, sin embargo, de una estrategia mundial, como puso de manifiesto la guerra del Golfo.

Hasta el momento, son las lógicas nacionales —alemana, británica, francesa— las que siguen predominando. Y, si no va a ser más que un gran mercado —en toda la década de los noventa—, la Comunidad Europea jugaría un papel secundario en las relaciones de fuerzas, de intereses y enfrentamientos que forman la economía mundial.

En su seno, Alemania ocupa, indiscutiblemente, un lugar de preeminencia económica. Potencia industrial y comercial, excedente comercial, fuerza del marco, Alemania presenta un buen número de rasgos comunes con Japón. Pero tiene también sus rasgos específicos. Ocupa un puesto de excepcional importancia en Europa: ha establecido con Francia una red de relaciones esencial para la estructuración de la Comunidad Europea; ejerce una fuerte influencia en la Comunidad, en Europa central y en ciertos países de Europa del este, etc.; pero, al mismo tiempo, en el actual paisaje geopolítico no puede prescindir de la alianza militar con los Estados Unidos.

### Japón

Es un *polo-país* con una dinámica económico-tecnológica y un excedente comercial que están en la base de una potencia monetaria, bancaria y financiera en veloz ascenso. Pero el excedente comercial conlleva *fuertes exportaciones*, sobre todo a los Estados Unidos. A veces la práctica totalidad de la producción se destina a la exportación, lo que supone una fuente de fragilidad para muchos sectores; de ahí que los expertos japoneses calculen tasas de dependencia de la exportación.

En segundo lugar, los excedentes monetarios inducen unas relaciones yendólar difícilmente controlables, hacen que Japón contribuya a la financiación del descubierto norteamericano e implican la necesidad de asumir internacionalmente un nuevo papel financiero, cuyo aprendizaje es lento. Por último, frente a Rusia y China el Japón necesita de la alianza militar con Estados Unidos, y ello por un largo período.

### Estados Unidos

Norteamérica, si bien ha perdido la hegemonía que tuvo en la posguerra, conserva un lugar preeminente en el mundo. No pueden negarse sus señales de debilidad: decadencia relativa, desindustrialización, pérdida de dinamismo y de competitividad, déficit gemelos (presupuestario y comercial), ahorro insuficiente, endeudamiento exterior.



Pero igualmente innegable es el predominio que resulta de su potencia multi-forme: potencia militar y estratégica, agrícola e industrial, científica y tecnológica, monetaria, bancaria y financiera, así como en materia de información, servicios, cultura y comunicaciones.

Citemos sólo un ejemplo: mientras se mantiene como primera moneda mundial —moneda de transacción y de reserva, moneda de refugio y de referencia— el dólar permite jugar a ganar en cualquier circunstancia: *débil*, facilita las exportaciones estadounidenses y suscita las inversiones extranjeras; *fuerte*, frena las importaciones y facilita las inversiones en el extranjero; *estable*, inspira confianza; *fluctuante*, incita a la especulación; *incierto*, preocupa a los bancos centrales de Europa y Japón.

Y es que Estados Unidos tiene la fuerza de esos enfermos crónicos, insoportables y a la vez indispensables para su entorno. Y el entorno de los Estados Unidos es el mundo.

El dólar está enfermo por las debilidades de la economía norteamericana y por los efectos de las inconsecuencias de Reagan; pero son los responsables de los demás bancos centrales —Bundesbank y Banco del Japón en primera instancia— los que van a tratar de sostenerlo o de contener su fiebre.

La consecuencia es que los tres polos que dominan el mundo son, siguen siendo, polos nacionales: Estados Unidos, Japón y Alemania. Los tres primeros exportadores mundiales: 11'3, 9'3 y 11'4% respectivamente de las exportaciones mundiales. Sus monedas son las tres principales unidades de cambio en los pagos internacionales. Y sus capacidades financieras, industriales y técnicas son las primeras del mundo.

Pero no pueden ser considerados iguales, porque, al margen de su potencia propia, Estados Unidos tiene una *estrategia mundial*.

Estados Unidos tiene un *primer círculo* configurado por el espacio económico norteamericano. Mantiene ya fuertes vínculos con las economías canadiense y mexicana, para contrarrestar el más grande mercado europeo.

Un *segundo círculo*, éste tradicional, es el continente americano en su conjunto. En este ámbito, las relaciones con Brasil van a ser decisivas.

En un *tercer círculo* Estados Unidos es la única potencia mundial que mantiene fuertes relaciones con los principales países del mundo, y especialmente con el conjunto de las potencias regionales. Por último, hay que citar los lazos, ambiguos pero privilegiados, que unen a Estados Unidos con los otros dos polos: Japón y Alemania.

Por otra parte, mientras Japón y Alemania apoyan sus expansiones económicas a escala mundial sobre todo en las *exportaciones*, la de Estados Unidos está basada, en mayor medida, sobre las *inversiones en el extranjero*. Y así la producción manufacturera llevada a cabo en el exterior por empresas de Estados Unidos representa un 20% de la producción realizada en su propio territorio. Para Japón y Alemania esta proporción es igual o inferior al 10%.

La debilidad de Europa es patente sólo fijándonos en los *programas nacionales de investigación*. Así, una misma suma no tiene el mismo impacto si se halla repartida, en Europa, entre doce programas nacionales de investigación no



coordinados, que si se gasta, en Estados Unidos o Japón, en un programa coherente.

Por tanto, mientras que la Comunidad Europea no se haya provisto de una capacidad estratégica —política, militar, tecnológica y monetaria— no estará en condiciones de poner en duda la preeminencia de Estados Unidos como potencia mundial.

Por el contrario, Japón sería el país llamado a tomar el relevo como primera potencia mundial, si damos crédito a una creciente cantidad de expertos y analistas: Su producción *per capita* ha sido, ya en 1988, superior a la de Estados Unidos. Su capitalización bursátil supera ya la de los Estados Unidos —42% del total mundial, frente al 31% en septiembre de 1988—. La ayuda pública japonesa se está convirtiendo en la primera del mundo, al tiempo que las inversiones japonesas en Estados Unidos crecen de manera espectacular.

Sin embargo, para imponerse como primera potencia mundial —no antes de varias décadas— Japón debería, por su parte, remodelar las condiciones de su independencia en materia de defensa y, por la otra, encontrar en Asia o en el Pacífico el espacio que le permitiera realizar un equivalente de las «continentalizaciones» que se están llevando a cabo en América del Norte y Europa.

A falta de ello, seguirá siendo una fortísima potencia regional mundial, extremadamente ligada, de grado o por fuerza, a Estados Unidos. Las inversiones realizadas en este país, los acuerdos entre empresas y el proyecto de acuerdo comercial bilateral se inscriben en esta perspectiva.

Y así —como dice Michel Béaud— la no-uniión de Europa, por un lado, y la situación específica de Japón en Asia, por el otro, explican sobradamente el actual predominio mundial de los Estados Unidos: el predominio por defecto.

Lo que sí es claro en el orden internacional es que Japón ha saltado en treinta años de ser un país subdesarrollado a superdesarrollado. Con sus reglas de juego, su espiritualidad radical y sus mecanismos de decisión, se hace presente en nuestras vidas y en nuestras casas, en nuestros automóviles y ordenadores. También, sin que lo sepamos, en el sistema financiero y en el cambiante equilibrio del orden internacional.

En las empresas y gobiernos occidentales se encienden desde hace años señales de alerta. La ex primera ministra francesa llamó a la cruzada contra el proteccionismo nipón, decidida a defender el mercado europeo del automóvil y la electrónica francesa frente a la presión del lejano imperio, implantado ya, con sus fábricas y sus bancos —pero, sobre todo, con sus sistemas de organización y sus hombres— en la Comunidad de los doce.

En este sentido, una pista de la tendencia que puede marcar el Nuevo Orden Internacional se puede encontrar en el informe *Japan 2000*, encargado por el gobierno norteamericano a un grupo de profesores, financieros y expertos.

El documento sostiene que Japón es un país caracterizado por su voluntad de dominio, decidido a controlar el mundo occidental a no ser que Estados Unidos y la Comunidad Europea sean capaces de dar una respuesta global antes del fin de siglo. El informe ha producido un revuelo de regulares proporciones en empresas multinacionales y centros de estudio.



Según sus autores, Japón es una sociedad dominada por *la moral de predominio y el afán de control*. Si el sistema de valores japonés acaba por imponerse —dicen—, los principios y tradiciones occidentales serán sustituidos en la primera mitad del siglo próximo.

La seguridad militar de Europa y Estados Unidos no podrá garantizarse después del año 2050. Si no logra dominar su déficit presupuestario de aquí a ocho años, Estados Unidos no podrá emprender después operaciones militares sin el apoyo financiero y la autorización expresa de Japón.

Los estudios más hostiles sostienen que Japón sólo aspira hoy a acumular riqueza desentendiéndose de las obligaciones que le forzarían a compartir el liderazgo mundial. La actitud japonesa en la guerra del Golfo da pretexto a quienes subrayan el egocentrismo japonés: el gobierno de Tokio ha aportado 40.000 millones de dólares al esfuerzo bélico y a los países víctimas del conflicto, pero ha invocado varias limitaciones constitucionales para no acudir con sus soldados o sus barcos al escenario bélico. La dirección del Partido Liberal japonés decidiría —según pudo saberse luego— sobre la necesidad de evitar toda imagen de un nuevo Japón militarizado.

Apenas se sabe que Japón es hoy, armas nucleares aparte, el tercer ejército más poderoso del mundo: hecho notable en un gigante económico y tecnológico que se ha esforzado por limitar, a los ojos de la comunidad internacional, su presupuesto de defensa.

Los adversarios de Japón sostienen que los asuntos geopolíticos e ideológicos no interesan a los japoneses. Lo que les importa es impulsar su propio crecimiento. Ese espíritu de competición, repiten los más críticos, hace que prevalezca sobre cualquier otro objetivo la *pugna por el predominio económico*. Cada grupo y, por extensión, Japón como tal, ha de imponerse a toda costa.

«En el sistema de valores dominante —puede leerse en el citado informe *Japan 2000*—, casi todos los medios son buenos para lograr ese fin.» Para lograr el objetivo primordial, añade el informe,

la estrategia económica japonesa es clara. Japón invierte la casi totalidad de sus beneficios y de su esfuerzo en la comercialización de nuevas tecnologías, el desarrollo de nuevos mercados, la mejor eficiencia de sus sistemas organizativos y la expansión de sus inversiones en todo el mundo, a fin de preparar así la próxima fase de dominación.

Desde hace cuarenta años el talento de los empresarios japoneses ha aprendido la mejor enseñanza de los Estados Unidos: el ímpetu innovador, la alianza entre Universidades y empresas, la generosidad nacional en apoyo del esfuerzo científico, la investigación aparentemente inútil, la inversión a muy largo plazo.

En un país sin minería, sin un gran territorio agrario, sin recursos naturales, lo que ha convertido a Japón en gran potencia no es la riqueza material sino las ideas, los modos de vida y los sistemas de organización. Según Servan Schreiber, «esta aventura de la inteligencia se ha desarrollado en silencio. Silencio de trabajo y silencio de desconfianza. Durante diez, veinte, treinta años Japón se ha esforzado, se ha transformado en todos los ámbitos, buscando el resultado óptimo, sector



por sector, minando las bases de sus competidores, descubriendo sus secretos por todos los medios y siempre en silencio.»

Christopher Freeman (London School of Economics y auditor del Plan español de Investigación Científica y Desarrollo Tecnológico) dice:

El liderazgo japonés es muy fuerte y lo seguirá siendo: en tecnologías informáticas, en ordenadores, en toda la industria de semiconductores. Ni Estados Unidos ni la Comunidad Europea tienen nada que hacer en los próximos diez años.

La acumulación del esfuerzo científico durante cuatro décadas ha producido un efecto multiplicador asombroso, que los europeos y los norteamericanos descubrimos cuando ya quizás es demasiado tarde.

El superávit comercial del Japón ha rebasado el pasado año la cifra de 80.000 millones de dólares; en el mismo período Estados Unidos ha acumulado un déficit de 120.000 millones. Ésta es la tendencia en los últimos años y ésta es la causa de unos desequilibrios monetarios y financieros tan peligrosos como los desequilibrios que separan al mundo industrializado de las naciones del subdesarrollo.

Durante el período de guerra fría, la política internacional estuvo dominada por el imperativo absoluto de la seguridad ante las amenazas soviéticas. Dicha política internacional ha sido sustituida por asuntos económicos internacionales.

Ahora que dichos asuntos han de ser dirigidos sin el liderazgo hegemónico, hay un riesgo de conflictos serios que equivaldrían al choque entre los distintos sistemas capitalistas, debido a la falta de principios compartidos o normas internacionales sobre el comportamiento económico de los gobiernos. En el centro de los asuntos económicos descansa el desafío de Japón frente a Estados Unidos y Europa.

Dice Masaru Yoshitomi:

En sus días de auge, el gigante americano, dotado de la seguridad de su poder internacional y del *status* de moneda principal del dólar, estaba apoyado exclusivamente por su avanzada tecnología militar y su poder financiero privado. En los ochenta, sin embargo, el gigante americano comenzó a depender de manera creciente de la alta tecnología de Japón y de su fuerza financiera.

Antes había transferencia de tecnología militar para uso civil. Ahora hay transferencia de tecnología civil para uso militar.

En el área financiera internacional se dice que las inversiones institucionales japonesas han comprado un tercio de los nuevos bonos gubernamentales emitidos por Estados Unidos. Los tipos de interés americanos y los precios de las acciones ya no están sólo determinados por su política monetario o por sus propios inversores institucionales.

Cuando inversores extranjeros, incluidos los del Japón, dudaron si continuar invirtiendo en bonos americanos a largo plazo se produjo, en parte por esta razón, el lunes negro de octubre de 1987, que fue etiquetado como *made in Japan*. Las compras masivas de propiedad inmobiliaria americana por inversores japoneses han creado resentimiento entre los ciudadanos americanos.



Los trece mayores bancos comerciales japoneses y sus tres bancos de crédito a largo plazo tienen un mercado combinado de capitalización de acciones de alrededor de 400.000 y 100.000 millones de dólares, respectivamente. En comparación, el valor conjunto de los cincuenta mayores bancos americanos es de alrededor de 110.000 millones de dólares.

Objetivamente Estados Unidos y Japón se han hecho más interdependientes que nunca. Visto desde el prepotente punto de vista americano, es la primera experiencia de dependencia de Estados Unidos, que ha sido durante tanto tiempo independiente. Los americanos son aprensivos sobre lo que pueda ocurrir con su liderazgo si se retirase esa dependencia de Japón. Hoy Estados Unidos es dependiente de los productos críticos en que mantiene la hegemonía: tecnología militar y finanzas. Es natural que teman que la creciente dependencia de Japón pueda quitarles parte de su papel hegemónico y pueda eventualmente dañar sus intereses políticos y económicos. Ésa es la fuente de la japonofobia, particularmente tras la desaparición de la amenaza comunista.

Y es Akio Morita, el Presidente de Sony, el que dice:

Creo fundamentalmente, creo aún, en la necesidad de un entendimiento real entre América y Japón en los planos económico, industrial y científico. Creo que es posible. Creo que es necesario... Pero... América no quiere escuchar ni cambiar de actitud. Nosotros no tenemos miedo de los americanos. Y ellos no deberían tener miedo de nosotros...

Ha llegado el momento de que Japón diga a los americanos que ya no tenemos necesidad, por ejemplo, de su protección militar. Han tomado la costumbre de exigirnos cualquier cosa bajo el pretexto de que nos protegen contra peligros militares. Eso ya no es así. Sabemos que la era de los conflictos militares que podrían amenazar a un gran país industrial como Japón ha concluido. Todo el mundo puede darse cuenta. ¿Por qué no los americanos?

...América ya no puede soñar con vivir la época en que su panoplia nuclear le daba todos los derechos sobre sus aliados. Debe comprender por fin... que todos esos instrumentos de guerra no pueden hacer vivir a un pueblo, a una nación, sino sólo arruinarla. Hemos cambiado de época.

La verdadera riqueza de un país reside ahora en la creatividad, la cultura, la educación, la capacidad de crear nuevas tecnologías y nuevos productos, nuevas invenciones. Es el único método de supervivencia en medio de la gran competencia mundial. No es con amenazas de cañones y de bombas con lo que se hace avanzar hoy a un país en el mundo. Es mediante el mejoramiento del trabajo y con un esfuerzo aún mayor. Cualquier otra cosa no pesa ni cuenta.